

ALFAGUARA



ALFAGUARA



© 2009, Federico Ivanier

© De esta edición:

2009, Ediciones Santillana, SA

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo - Uruguay

Teléfono: 410 7342

edicion@santillana.com.uy

www.santillana.com.uy

- Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Leandro N. Alem 720. C1001AAP Buenos Aires, Argentina.
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Ariztía 1444, Providencia,
Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. Primavera 2160, Lima, Perú.

Diseño de tapa e ilustraciones: Sebastián Santana

Editora: Virginia Sandro

ISBN: 978-9974-95-341-3

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay.*

Primera edición: octubre de 2009, 3.000 ejemplares.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

MÚSICA DE VAMPYROS

FEDERICO IVANIER



ALFAGUARA

PRELUDIO: MORIR

El primer recuerdo importante de Bruno Ríos provenía de una tarde de verano en el parque, cuando tenía tres años. No recordaba exactamente qué parque era, pero sí recordaba el cielo azul. De hecho, el cielo azul era lo primero que surgía en su mente, seguido por el pasto, tan refulgente que le parecía un mar de esmeraldas, pintado con acuarela. Recién entonces aparecía él mismo en el recuerdo, corriendo. En realidad, lo que recordaba eran sus pies, con un calzado rojo, moviéndose encima del verde. Y finalmente llegaba a su memoria esa mariposa de alas carmesí, como dos gotas de sangre.

Es como un ángel rojo, pensó Bruno mientras corría, incansable, tras esas alas. Solo un niño, en especial un niño pequeño, podía sentir una fascinación así por algo tan simple; un niño y quizá un viejo, concluyó Bruno, tiempo después. Comoquiera que fuese, él era capaz de recordar la sensación tan clara como si la viviera una vez más, como si hubiese quedado grabada en sus células. No podía dejar de mirar esas alas, no podía dejar de correr tras ellas, no podía evitar que una risita se le escapara de la garganta, como un gorjeo, bajo la enorme esfera azul del cielo. Sí, era un recuerdo preciso. El olor a tierra, a pasto, a

verano. Un hombre que preparaba algodón de azúcar, de intenso color rosado. Una pelota amarilla que rodaba por el suelo. El zumbido de un avión en el cielo. Todo estaba allí, delineado, nítido, en su mente. Como también estaba el momento en que las alas se posaban en un arbusto, casi hasta desaparecer entre las diminutas hojas con forma de lenguas. Eso le parecieron las hojas verde oscuro. Lenguas. Lenguas verdes. Lenguas verdes que lamían la mariposa, que lamían sus alas rojas.

Bruno se rió con la idea y estiró su mano hacia ella, hacia la mariposa, y hacia ellas, hacia las lenguas, y sintió ese clavo que se le hundía en la carne. Su primera impresión fue que el mundo se daba vuelta, pero Bruno nunca llegó a saber si eso se debió a la impresión o al hecho de que caía fulminado en ese césped que le parecía pintado con acuarela. Es que, a partir del agujijón, a Bruno los recuerdos se le volvían confusos, como una cámara que no hace foco. Quizá fue su caída, quizá lo inesperado, el susto. Quizá algo semejante a verse a sí mismo dentro de sus venas, dentro de un gigantesco túnel de piedra, llevado por un tormentoso río rojo, sumergido, ahogándose. Pero Bruno, con el tiempo, llegó a pensar que, en realidad, aquello que experimentó fue la coexistencia del dolor con el placer, en un segundo, dentro de su ser.

Sin saber bien qué ocurría, retiró la mano; pero el dolor ya se le expandía hacia el brazo y el resto del cuerpo. Una avispa, lo picó una avispa, decía alguien. Pero Bruno sólo sentía dolor. Y junto con él, venía algo más. Algo difícil de definir. Una sensación extraña en la sangre, como si burbujeara. Fue entonces que llegó la asfixia, la sensación de que moría, que respiraba

por una pajita mientras las piernas y los brazos se le entumescían. Mucho después, aparecía el médico, un médico joven, cuya cara flotaba encima de él, como un globo. El cielo azul no llegaba a verse por ningún lado, había sido sustituido por un techo blanco, de hospital. Mientras, el doctor le explicaba que había tenido una reacción alérgica, pero que estaría bien.

Y ahí se terminaba el recuerdo de la mariposa y la avispa.



UNO: LLEGAR

El día en que su vida comenzaría a transformarse, Bruno amaneció sudoroso, estragado por una noche de asma, agotado ya de aspirar con todas sus fuerzas y recibir apenas un hilito de aire bajando por su tráquea. Le dolían los músculos por el esfuerzo de respirar, sentía los pulmones agarrotados, pero la sensación ya le era familiar. Se le hacía imposible acostumbrarse a una crisis de asma, pero desde que había aparecido la primera, dos años atrás, se habían repetido en forma constante. Bruno disparó el inhalador hacia su garganta una vez más. Tosió un poco, apenas. La crisis parecía remitir. Trató de calmarse. Un sudor frío y viscoso se le transmitía de las manos al resto del cuerpo.

Ya se me pasa, pensó. Tarde o temprano así ocurriría, eso era lo único seguro. Nadie terminaba de encontrar la solución definitiva para su asma, nadie podía explicar con exactitud su origen —ningún médico, al menos—, pero las crisis que tenía parecían apagarse por sí mismas a partir de cierto punto, como un fuego que se queda sin combustible. Bruno se sentía, además, sin fuerzas; al final, él también se extinguía, en cierto sentido. Bruno intentó inspirar, abrir las costillas, pero justamente ese era el problema en esos momentos: no podía inflar

el pecho. Era como tener un cinturón en torno a los pectorales, apretándolos, sujetándolos. Esta vez, el movimiento pareció mínimo, ajustado, como para mantenerlo apenas vivo.

Miró su cuarto. Cualquier cosa le venía bien para distraerse, necesitaba pensar en otra cosa, por más difícil que fuera. Las paredes blancas servían, con sus pósteres de bandas de rock, especialmente de Divididos. La ventana, por donde se veían unas pocas estrellas y una luna carcomida por nubes. Era increíble la cantidad de detalles que uno podía hallar en las cosas que veía todos los días. El polvo en un rincón. La forma en que una media tirada se doblaba sobre el parqué. El borde desgastado de una puerta del *placard*. El titilar de los dos puntitos que marcaban los segundos en su reloj digital de números rojos. 6:04, indicaba en ese momento.

Sentado en la cama, Bruno apoyó la nuca contra la cabecera. Tenía que tranquilizarse. Cuanto más nervioso se pusiera, peor. Pero se sentía morir en cámara lenta. Como si corriera sin parar. Esa era la imagen que le venía a la mente. Él, encima de una máquina caminadora que lo forzaba a correr y correr. Y la máquina flotaba en un mar de fuego, o de lava: eso dependía de cómo se sintiera en cada día particular. Nadie apagaría la máquina. Frenar significaba caer en el mar de lava y una muerte instantánea. Seguir, una muerte más lenta. Era una imagen absurda, lo sabía, pero solo como estaba, en su cuarto, en medio de una crisis, su cerebro tendía a ponerse absurdo.

Escuchó el silbido del aire cada vez que inspiraba. Había cerrado la puerta para que su madre no oyera. Tosió. No quería preocuparla. Ya se le pasaría. El silbido era más tenue. Miró

la foto que tenía de su hermano, sobre la mesa de luz. En ella aparecían los dos, sonrientes, mirando a la cámara, juntas las cabezas, los dos sin remera, en pleno verano. Lucas tenía su edad actual, catorce, y él mismo, once. ¿Por qué insistía en tener esa foto allí? ¿Para qué guardarla todo el tiempo? ¿Para qué recordar todo el tiempo?

Tuvo un impulso de ponerse a llorar, pero ni siquiera podía.

7:05 de la mañana. María Machado posó sus pies descalzos sobre la alfombra. Por un momento contempló, entre los dedos de sus pies, los lienzos azules, grises, negros, rojos, naranjas, todos cosidos entre sí, y luego desvió su mirada hacia el pequeño atlas alemán que descansaba en la mesa de luz. Se lo había mandado su padre. Cristian Machado era capitán de vuelo en una compañía alemana y María se lo imaginaba todo el día hablando alemán, recorriendo Europa, aterrizando y despegando. Ella no sabía hablar alemán. Y nunca, o casi, veía a su padre, por supuesto. Solamente un mes, durante las vacaciones. A veces menos. Lo único que tenía de él era ese atlas, para intentar ubicarlo en algún lugar del mapa, imaginar dónde estaría. Él siempre trataba de decirles por dónde iba a andar, pero María, si bien podía localizar el espacio concreto en el atlas, no podía quitarse de encima la sensación de que su padre simplemente no estaba. Todo lo que quedaba de él era un espacio en una hoja de papel.

Suspiró y se levantó, mientras escuchaba la respiración reposada de su hermana Isabel, en la cama situada bajo la ventana.

María salió al pasillo, se metió en el baño y cerró la puerta. Encendió la luz y se enfrentó al espejo. Bajo la luz blanca, se giró y observó primero el costado izquierdo de su rostro. Allí la piel pálida aparecía rozagante, libre de granos o cualquier otra alteración.

Luego, giró su cara hacia la derecha y allí estaba. La mancha. Un lamparón rojo, congénito, ocupando casi toda la mejilla. María se lo apretó levemente, como siempre, advirtiendo con fascinación cómo la piel se ponía blanca bajo las yemas y cómo, al levantar sus dedos, los vasos volvían a abrirse, por ellos circulaba la sangre y la mejilla enrojecía una vez más.

Resopló y se trajo las mechas de cabello rubio ondulado hacia delante, para que la tapara. Pero nunca era suficiente. La mancha resultaba visible desde kilómetros de distancia. Abrió la canilla, hizo un cuenco con sus manos y se enjuagó la cara.

Iván Ragó miró cómo la niebla matinal se disipaba por entre los edificios. La ciudad era gris, el cielo era gris, la niebla era gris y hasta el aire era gris. Respiró sobre el vidrio de la ventana y se formó una nube de vapor condensado sobre el cristal. Ahora incluso el vidrio es gris, pensó.

Tenía que vestirse para ir al liceo nuevo. Ya la perspectiva de conocer gente, un lugar distinto, no le generaba ninguna emoción. Todo era igual. Gris.

Desde el décimo piso no se veía una sola persona. Estaba todo en soledad: si había gente, estaría metida en su propia casa, en su propia vida, en su propio mundo.

Se alejó de la ventana. Su imagen apareció reflejada: pelo castaño y ondulado, ojos azules, mentón firme y frente amplia, hombros anchos y brazos fibrosos. Dio la espalda a la ventana y caminó hacia su dormitorio, de paredes blancas, sin cuadros.

Todo estaba ordenado al milímetro. Se sentó en la cama y abrió el cajón de la mesa de luz. De allí sacó el tubito con el líquido carmesí. Rojo sangre, pensó, mientras sacudía el líquido. Luego volvió a ocultarlo. Con movimientos lentos, abrió el ropero.

—¿Cómo dormiste? —escuchó Bruno que le preguntaba su madre cuando salió de su cuarto. Bruno la miró y tanteó su inhalador en el bolsillo derecho de su pantalón. Respiró profundo y notó cómo el aire ya viajaba más limpiamente. La crisis había quedado atrás. Tal como había venido, había desaparecido.

—Bien —mintió.

Su madre sonrió con un movimiento breve, apenas perceptible, de los labios. La sonrisa no escondió sus profundas ojeras. Colocó la taza de café con leche en la mesa de la cocina. Llevaba el cabello todavía largo, recogido sobre la nuca. Era ondulado como el de Bruno, pero ya mostraba canas y descuido.

Bruno se sentó justo en el momento en que saltaban un par de tostadas. Su madre todavía preparaba tostadas, a pesar de que a él nunca le había gustado comer en el desayuno. Café con leche era más que suficiente. Recién a media mañana le atacaba el hambre.

Pero su madre continuaba preparando el desayuno de la misma manera que a Lucas le gustaba. Su hermano solía mandarse unos desayunos descomunales. Siempre había sido así, tan distinto a él, a Bruno, como si estuvieran hechos a partir de una materia prima diferente. Y su madre había mantenido la costumbre de preparar enormes cantidades de alimento para el desayuno.

Bruno hacía un esfuerzo por tragar cuanta comida le cupiera. Honestamente trataba. Cualquier cosa con tal de que todo siguiera lo más normal posible. Tragaba sin sentir el gusto, sin masticar.

—¿Quieres más? —preguntó su madre.

—No, no. Gracias.

Ella le acarició el pelo, acomodándoselo detrás de las orejas. Bruno la dejó. Caricias suaves de dedos largos, dedos de mamá.

—Bueno, andá —dijo ella—, no vayas a llegar tarde.

Bruno asintió y se levantó. Miró la mesa redonda de madera, con cuatro sillas alrededor. Recordó lo ruidosos que eran antes los desayunos, con Lucas y su padre. Fue a lavarse los dientes.

María se cepilló los dientes con energía, dejando que la espuma blanca chorrease sobre el lavabo, también blanco. Se enjuagó y pensó qué tal sería hacer con el resto de su piel lo que hacía con sus dientes: cepillar hasta que todo quedase blanco, sin manchas. Tomó la toalla y se secó.

Comenzó a peinarse. Se miró al espejo, tratando de ignorar su mancha. Incluso con el suéter holgado, los senos se le

dibujaban protuberantes, como pelotas. Parecía que le crecían todos los días. Con un nudo en la garganta, se repitió que los aborrecía. Aborrecía su cuerpo. No sabía qué hacer. Sentía como si tuviera que cargar sus pechos por el mundo, sin más remedio que soportar las miradas de todos los tipos en la calle y sus comentarios fétidos.

Entonces la puerta del baño se abrió y Eduardo entró. Iba a medio vestir, con el cinturón del pantalón suelto y la camisa sin prender. Un escaso vello le asomaba debajo de una cadena dorada que colgaba de su cuello.

—Perdón —dijo, deteniéndose—. No sabía que estaba ocupado.

María lo detestó por entrar en el baño de *su* casa (aunque ahora fuera también la de él, recién casado como estaba con su madre) sin golpear y sin estar vestido del todo. Un estremecimiento de desagrado la recorrió y se odió por no trancar.

—Igual, ya me estaba yendo —respondió María.

Pronto sus fosas nasales se llenaron con el aroma que siempre llevaba él: un perfume fuerte, como si quisiera tapar el tufo a sudor, mezclado con el hedor rancio del tabaco.

—Ah, bueno —dijo Eduardo y se colocó de perfil contra la puerta.

María notó la mirada de él y se sintió expuesta. Hundió el pecho, bajó la cabeza y pasó a su costado, evitando que, por casualidad, en el corto espacio de la puerta, sus cuerpos se rozaran.

Iván aniquiló el silencio que reinaba en su casa enchufando los auriculares en sus oídos. *The Offspring* entró por sus canales auditivos e inundó su mente. Cerró la puerta y caminó hasta el ascensor.

Se sintió satisfecho de no haberse cruzado ni con su madre ni con su hermana. Lo único que sabía de ellas era que las puertas de sus respectivos dormitorios estaban trancadas, lo cual le pareció perfecto. Tampoco se había cruzado con su padre, claro, pero cómo podía cruzarse con él, el gran economista, si estaba de viaje, dando conferencias sobre qué pobre era el mundo y cómo podía hacerse para arreglarlo. Iván sonrió con una mueca mientras entraba al ascensor. Su padre seguro podría arreglar el mundo, siempre y cuando el mundo no incluyera su propia casa, por supuesto.

El ascensor se detuvo y entró la vecina del quinto, perfumada como para cloroformizar a todas las moscas de la manzana. La vieja lo despreciaba porque él tenía catorce años de edad y ella cinco o seis veces más. Le sonrió, para molestarla, y la vieja no tuvo más remedio que responder con un asentimiento. Apenas la puerta se abrió, la vieja salió disparada. Iván se dirigió tranquilo hacia la calle y se acomodó la mochila. Respiró el aire frío. Caminó sin apuro.

Camino al liceo, Bruno se llevó el inhalador a la boca y se roció la garganta. Miró cómo, en el suelo, las raíces de los plátanos y jacarandás crecían bajo la tierra y luego partían las baldosas.

Por lo general, se tomaba el ómnibus para ir al liceo, pero esta vez había decidido caminar para poder darse una dosis. Por las dudas. Aunque cuando una crisis le llegaba, nada la detenía. Inspiró aire. Su pecho se infló, el aire circuló. Sin problema. No quería llegar al liceo y que le viniese otro ataque. Ya bastante tenía con Hugo y el Gordo Araguí.

Todavía no veía a nadie conocido, pero por si acaso giró la cabeza. Vio un chico que caminaba tras él, de mochila. Se preguntó si iría al liceo, porque nunca lo había visto hasta entonces. Sería nuevo, quizá. O simplemente alguien que por casualidad pasaba por allí. Guardó el inhalador. No soportaba que lo vieran aspirando por la boquilla de plástico.

Trató de distraerse. Su mente derivó hacia el escrito de Biología. Había tratado de estudiar las diferentes partes de la célula, pero con lo poco que había dormido, las mitocondrias y la cromatina y el citoplasma y el aparato de Golgi formaban una *omelette* en su cabeza.

Perdería ese escrito también, eso era seguro. ¿Cuántas bajas tenía, a esta altura? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Con cuántas repetiría el año? Había estudiado, por tanto, algo debería haberle quedado. Pero últimamente su mente era un colador.

Algunos alumnos aparecieron, yendo en la misma dirección que él. Ni Hugo ni el Gordo Araguí estaban a la vista: buenas noticias. Observó cómo algunos se saludaban y se ponían a charlar o reír. Otros caminaban solos, igual que él.

Vio a María, la chica de la mancha roja en la cara, que iba en la misma dirección, junto a su hermana. Llevaba una mochila y los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera apretarse.

Y, al igual que todos los días, los mechones rubios le cubrían lo más posible el rostro, como colocados allí a propósito. Pensó en caminar con ella, en realidad lo deseó intensamente, algo lo llevaba a querer acompañarla siempre, ignoraba por qué. Sin embargo, no se acercó. María, como de costumbre, avanzaba con la mirada clavada en el suelo, sin verlo. Ya se alejaba.

María notó a Bruno, que también marchaba a clase, detrás de ella e Isabel. Ciñó más sus brazos en torno a su cuerpo. La temperatura era agradable, pero cuando Bruno la miraba, le venía una mezcla de frío y calor, algo en el estómago que no sabía definir muy bien.

Hundió la vista en las baldosas grises y apuró el paso. Isabel saludó a unos compañeros de clase y corrió hacia ellos, sonriendo. Pronto, estaba enfrascada en la conversación con todos a la vez. Isabel siempre había sido así.

María miró los plátanos sin hojas, con ramas como laberínticos esqueletos. ¿Por qué no podía ser como las demás, que charlaban sin complejos con el resto de las personas? ¿Por qué ella tenía que ser complicada? ¿Por qué tenía que ser un laberinto, como ese árbol?

Era la mancha. Cuando se ponía a charlar con alguien, no le quitaban los ojos de encima: era como uno de esos accidentes de auto, llenos de hierros retorcidos y salpicaduras de sangre, pero irresistibles. Las miradas no podían eludir la mancha.

María casi podía leer sus mentes: ¿De dónde vendría? ¿Dolería? Pero esa mancha no *venía* de ninguna parte, *estaba* allí y punto, desde siempre y para siempre. Y no dolía.

Por eso, le venían esas ganas de desaparecer, de vivir en una isla desierta. Odiaba no ser como las demás, pero no había nada que pudiese hacer. Lo único que importaba era que hoy tenía escrito de Biología.

Mentalmente, repasó las partes de la célula.

Iván estudió la fauna que esperaba para entrar al liceo. Lo primero había sido el chico flaco, de pelo ondulado y andar rápido que había encontrado de camino. El asmático. Iván había visto cómo se llevaba el inhalador a los labios. Y también había visto cómo lo escondía, unas cuantas cuadras antes de llegar a donde pudieran verlo los demás. Eso quería decir que su asma sería un secreto. Y que tenía miedo, miedo de algo, o de alguien.

Desde la vereda de enfrente y apoyado contra un murito, un rubio con un par de granos en la cara lo miró de mala gana. Llevaba la ropa desaliñada de tal manera que pareciera casual, pero en realidad cada desarreglo estaba medido, todo tenía un cierto *orden*.

Junto con él, un enorme gordo de cabello negro y apariencia de orangután interrumpió su diálogo con el rubio para mirarlo también. Tenía la cabeza hundida sobre los hombros, ojos demasiado separados, como un sapo, y cejas que se juntaban encima del puente de la nariz.

Lo estudiaban como dos depredadores que cuidan su territorio y dicen “no vengas acá, porque te vamos a comer”. Iván sonrió para su interior y desvió los ojos. Iban a necesitar algo más que eso para preocuparlo. Entró al liceo, cuyas paredes de ladrillo y ventanas de aluminio eran de lo más deprimentes.

Por dentro, un corredor de paredes blancas tenía carteleras a la derecha y diferentes oficinas a la izquierda. Más adelante, se llegaba hasta el patio interior, con ventanas y una cantina al fondo. Hasta había un piano de cola, blanco, sobre un rincón. Una escalera llevaba a los salones en el primer, segundo y tercer piso. Subió.

Bruno se sentó en su banco. A primera y segunda tenían Biología. Mientras esperaba, buscó dentro de su mochila la cartuchera con la lapicera y el corrector. Observó de reojo a María, que también acomodaba sus cosas, un par de asientos más adelante. Ansió sentarse a su lado, conversar con ella. ¿Por qué esas cosas le eran tan difíciles? ¿Por qué tenía la impresión de que eso jamás le ocurría a los demás? Se sentía tan...

Inspiró. Exhaló. Miró hacia fuera. Cuando volvió su vista, descubrió la cabeza rubia de Hugo y la sombra sin forma del Gordo Araguí. Bruno se concentró en su lapicera y corrector, mientras notaba cómo ambos marchaban hacia él.

El Gordo Araguí se sentó pesadamente a su lado y Hugo se ubicó a su espalda.

—Gordo —le habló Hugo—, pásame lapicera y corrector.

El Gordo Araguí, con su cabello peinado estilo Elvis, tomó la lapicera y el corrector de Bruno y los pasó hacia atrás.

—Gracias —dijo Hugo.

Bruno se volvió hacia Hugo.

—Es el único corrector que tengo —le dijo.

Hugo lo miró en silencio.

—¿Y?

Bruno pensó qué responder, pero un par de dedos como bulbos golpearon un par de veces contra su hombro derecho. Se encontró con los ojos separados del Gordo Araguí. Sintióse estúpido, reflexionó que ni le sabía el nombre, sino simplemente su apellido.

—Yo también necesito lapicera —le dijo a Bruno.

—No hay problema —respondió él, conciliador. Tenía esa extraña sensación previa a una de sus crisis. Por lo general, venían sin aviso, como un rayo. Pero de vez en cuando, *sentía* sus bronquios expectantes, listos para cerrarse. No podía dejar que le ocurriera en plena clase, no con Hugo y el Gordo Araguí junto a él, no justo antes de un escrito. Se imaginó a sí mismo pequeño, delgado y endeble como una rama seca, que soltaría un leve crac al partirse.

Bruno fue a abrir la cartuchera, pero el Gordo Araguí la agarró y eligió una *Pilot* nueva. La miró con agrado, se la llevó a la boca, donde comenzó a mordisquearla, cerró la cartuchera y la dejó encima de su propio escritorio.

—Necesito una lapicera —le dijo Bruno.

El Gordo Araguí lo observó sin dejar de mascar la *Pilot*.

—¿Y qué querés que haga? —le respondió—. Tenés que traerte tu propio material.

Desde atrás, Bruno escuchó la risita de Hugo.

—Estás muy irresponsable, Bruno —llegó la voz de Hugo—. ¿Qué ha sido de aquel alumno tan estudioso y correcto?

Bruno tragó saliva y suspiró. Le tocó la espalda a Marina, una compañera de lentes y pelo negro que se sentaba delante de él.

—¿Me prestás una lapicera? —le dijo Bruno.

Marina estudió, con desagrado y por encima de sus lentes, al Gordo Araguí. Luego miró la cartuchera de Bruno en su mesa.

—¿Algún problema? —le preguntó el Gordo Araguí.

—Fuera del olor, nada —respondió Marina y le alargó una lapicera a Bruno.

Mientras tomaba la lapicera, Bruno observó cómo el Gordo enrojecía. Temió que terminase siendo él la víctima si explotaba el coche bomba.

—Qué problema, ¿no? —le dijo musicalmente Marina a Araguí—. A una mujer no la podés agarrar a trompadas y chau.

El Gordo se encendió como un cartel de PARE. Marina sonrió abiertamente.

—Sobre todo si tiene dos hermanos que te pueden agarrar a trompadas a vos, ¿no?

Sin más, le dio la espalda definitivamente. Bruno se preocupó por mantener la vista al frente. Exclusivamente.

—¿Y a vos qué te pasa? —le preguntó el Gordo.

—Nada —respondió Bruno sin mirarlo.

—Más vale que entres a pasar —le llegó, de nuevo, la voz de atrás.

—¿Pasar qué? —preguntó Bruno.

—No te hagás, cosa loca —le respondió Hugo—. Las respuestas del escrito.

—¿Yo? Pero si ni estudié.

—Vos fuiste traga toda tu vida, vas a ser traga toda tu vida. Más vale que entres a pasar si no querés cobrar a la salida.

Bruno miró de reojo la cara del Gordo Araguí. El enrojecimiento cedía y sus ojos se volvían más delgados, como hojas de cuchillo.

—Ya te dije que no estudié —repitió Bruno—. No sé nada.

—Bueno, mejor que empieces a saber, a menos que quieras morir hoy mismo.

María acomodó las cosas en su escritorio mientras esperaba a que llegase Cintia Santos, la profesora de Biología. Había visto entrar a Hugo y al Gordo Araguí. Aguardó deseando que siguieran, que no dijeran nada acerca de su mancha, como siempre hacían, de una manera u otra. Esa mañana no estaba de humor para soportarlos. Sin embargo, pasaron de largo, hacia el asiento de Bruno: él era su objetivo. María les deseó la muerte en silencio.

—María...

A su lado se sentaba Natalia Preda. Natalia tenía un precioso rostro ovalado, aunque invadido por el acné, pero ella se ponía cremas y constantemente la piel se secaba encima de las pústulas rojas. Los granos escondían su atractivo, pero Natalia

podía pelear contra ellos y, tarde o temprano, ganaría la batalla. La envidió.

—¿Qué? —preguntó María.

—¿Sabés algo? —insistió Natalia.

—¿De qué?

—Del escrito, ¿de qué va a ser?

—Más o menos.

—Yo estoy más pintada que Van Gogh. Ya me tiene repodrida la bendita célula.

Cintia Santos entró en la clase, con su cabello negro, sus ojos azules y su cuerpo a lo Jennifer López, indiferente, como siempre, a las miradas atontadas de los alumnos. Sabía que era un imán, pero eso no la afectaba. María se preguntó si estaría tan segura de sí misma con una mancha roja en la cara.

Entonces, mientras todos se acomodaban, la adscripta Silvia, una rubia teñida, flaca y larga, abrió la puerta del salón. Junto a ella había un chico. Era alto, de cabello castaño y ojos azules. Sus hombros lucían sólidos, su piel tenía un tono apenas dorado, como miel. María no respiró por un segundo. Se forzó a volver los ojos hacia otro lado, pero era imposible dejar de contemplarlo. Algo en él, más allá de lo que llegaba a verse a simple vista, causaba vértigo, como descender en la Rueda Gigante. Era imposible dejar de mirarlo.

—Permiso, profesora Santos —dijo Silvia.

—Adelante.

—Buen día a todos —continuó Silvia—. Les presento a Iván Ragó, que a partir de hoy va a ser parte de este grupo.

Se escuchó un *slurp-slurp*, por el fondo de la clase, y luego varias risas.

—Carne fresca —dijo alguien.

La mirada del nuevo, ese tal Iván, no se perturbó en lo más mínimo; permaneció al frente, tranquila, como si él no observara nada en particular, sumido en sus propios pensamientos. Silvia le indicó un asiento libre, detrás de María.

—Lo pesqué en el pasillo —le sonrió Silvia a Cintia—. Creo que buscaba su salón.

—¿Y él va a hacer el escrito, profesora? —preguntó alguien.

—Tenemos que repasar todos para el nuevo, pobrecito el nuevo, profesora —agregó otra voz.

—Sí, profesora. Pobre.

Cintia le sonrió a Iván.

—¿Viste qué buenos compañeros que tenés? No te preocupes —le dijo, aunque Iván no parecía preocupado—, no vas a hacer ningún escrito.

—Ah, entonces hay que suspenderlo para todos. Democracia, profe.

Cintia Santos sonrió y les entregó las hojas de los escritos.

Sobre la una, a la salida, Iván consideraba que ya no vería nada interesante. Todo había sido tedioso. Gris. Un liceo como muchos que había visto antes. Las dos primeras horas, mientras los demás terminaban un escrito y la profesora trataba de

averiguar hasta dónde había llegado en el liceo anterior, fueron inacabables. En el resto de las materias, el tiempo parecía una sábana colgada, secándose al viento. Algunos compañeros intercambiaron alguna palabra con él, pero Iván prefirió mantenerse apartado. Mejor enchufarse los auriculares y observar a los demás.

Había de todo. Los que conversaban y la pasaban bien, los que conversaban pero no la pasaban bien, los que no hablaban, los *cool*, los que desesperadamente trataban de mostrar que eran *cool* y los que estaban aparte. Era una jungla. Algunos vivían, otros no. Recién sobre el final del día supo que se venía algo bueno para la salida. Según entendió, uno de sus compañeros no le había pasado respuestas del escrito a otro, así que ahora estallaría la sangre.

Las peleas lo aburrían. Y tanto anuncio le quitaba emoción, como si fuera una obrita de teatro. Pero incluso así, podía resultar interesante. Iván salió y aguardó, con paciencia. El rubio y el gordo que, al llegar, lo habían mirado con mala cara (y que coincidentemente habían estado en su grupo) esperaban con las manos en los bolsillos, los ojos entrecerrados y la boca apretada. Algunas compañeras de clase trataban de disuadirlos, pero ellos las ignoraban. Parte de la obrita, pensó Iván.

Lo único que faltaba era la víctima. Demoraba en salir, pero estaba claro que no podía quedarse a vivir en el liceo. Era cuestión de tiempo. Trató de ver quién faltaba. Por primera vez en el día, Iván se sintió interesado.

Faltaba el asmático.

Bruno inspiró y exhaló un par de veces, esperando que los bronquios le hicieran *clang* y se cerrasen como compuertas de acero. Cada buche de aire era el mundo. Los demás no podían entender eso. Consideraban el aire como algo común y corriente, que no podía faltar jamás. Él no. Para él, el aire era un misterio insondable, una fuente de energía que podía invadirlo y, de súbito, desaparecer.

Se rascó la frente. Estaba haciendo tiempo. No había bajado, sino que prefirió enfilarse hacia el baño. Y llevaba encerrado en un cubículo ya varios minutos. Quizá Hugo y el Gordo Araguí se aburrieran. Por suerte, el escrito había sido a primera hora: tenían tiempo para que se les fuera la rabia. Sobre todo teniendo en cuenta que no les había dejado de pasar respuestas *voluntariamente*, sino que él mismo no las sabía.

—¿Bruno? —le llegó una voz de afuera—. ¿Estás ahí?

Reconoció la voz. Le pertenecía a Daniel Pérez, mejor conocido como el Molécula, por lo diminuto: parecía un mosquito. Aunque, Bruno pensó, eso le quitaba problemas: ¿qué gracia tenía meterse con él? Abrió la puerta.

El Molécula lo miró con ojos grandes.

—Hugo y el Gordo Araguí te están esperando.

—¿Sí?

—Todo el mundo se quedó a ver. Te van a romper la cabeza —rió el Molécula, hasta que comprendió lo que había dicho y puso cara seria.

—Ya sé —dijo Bruno y respiró profundo. Por las dudas, tanteó el inhalador en su bolsillo.

—Tenés que bajar —culminó el Molécula.

Hugo y el Gordo Araguí podían meterse con cualquiera, pero siempre la ligaba él. Tenía todos los números de la rifa. El único sorteo que había ganado en su vida.

—Para mí —agregó el Molécula—, si no bajás, los vas a hacer calentar más. Va a ser peor.

Bruno se preguntó si el Molécula no tendría alguna buena novedad. Inspiró. Exhaló. El asma esperaba, al menos eso parecía. El que ya no podía esperar más era él. Se calzó la mochila sobre los hombros y se miró frente al espejo. Delgado, debilucho, pálido. Un fantasma hundido en su uniforme. Tuvo pena de sí mismo y se sintió como un venado caminando hacia los leones. Era triste ser devorado, pero en eso consistía el ciclo de la vida. Sin embargo, a él lo iban a cazar por gusto. Eso no era el ciclo de la vida, era el ciclo de algo más. Era el ciclo de los fuertes y los débiles.

—Vamos —le dijo al Molécula.

Usualmente, María se habría ido a su casa. Las peleas no la ponían nerviosa: la repugnaban. No entendía que alguien quisiera destrozarse la cara. Le generaban aversión. Pero esta vez el asunto era con Bruno. Miró con odio a Hugo y el Gordo Araguí. Ansió ser varón para revolearlos a trompadas y borrarles esas sonrisitas.

Miró la hora. Se hacía tarde, tenía deberes y cosas que estudiar. Pero Natalia comentó que el Molécula había ido a buscar a Bruno y María no consiguió irse. Ni siquiera Iván se había

ido. La puerta del liceo, a unos treinta metros, estaba vacía. María deseó que Bruno no saliera nunca.

—Fuáh —escuchó una voz familiar—, qué machitos que son, ¿eh?

Descubrió a Isabel. Enfrentaba a Hugo y el Gordo con los brazos en jarra. Les llegaba, con suerte, hasta la base del cuello: ellos estaban en tercer año de liceo y su hermana en primero. Pero Isa, afirmada sobre sus dos pies, los encaraba a un metro de distancia y les hablaba levantando la punta de la nariz.

—Dos contra uno —soltaba Isabel—. ¿Por qué no se meten con dos más, a ver si son tan machos?

—Salí de acá, mijita, ¿qué te metés? —le respondió el Gordo Araguí. Hugo ni la miraba.

—¿O qué? —respondió Isabel—. ¿Qué me vas a hacer?

El Gordo enrojeció y las marcas de sus granos se volvieron marrones.

—Salí de acá, cuatro ojos —respondió el Gordo, refiriéndose a los lentes que usaba su hermana.

—A ver —casi sonrió Isabel—. Dale. Sacame.

María caminó hasta su hermana y la tomó del brazo.

—Ya está, Isa.

—*Jah* —le dijo Isabel al Gordo—. Te salvó mi hermana.

—¿Qué hacés? —le susurró María—. ¿Estás loca?

—Sí —dijo Hugo—, seguro. Salvados por la Quijota de la Mancha.

Entre la muchedumbre se levantó una leve ola de carcajadas. María notó cómo se le encendía la cara y se le agolpaban lágrimas a los ojos, todo en un segundo. Se sentía como un

globo a punto de reventar, el más mínimo roce llevaba a la explosión. Pero ya estaba acostumbrada y sabía regresar las lágrimas adonde salían.

Se preparó para el esfuerzo de tragarse su llanto, pero entonces vio al nuevo, a Iván. Él no se reía. Más bien, Iván miraba al frente, con los brazos cruzados, sin que la más mínima emoción cruzara su rostro. Eso la hizo sentirse mejor.

—Gordo de porquería —decía Isabel.

Pero nadie la escuchaba. Bruno había salido.

Iván disfrutó, con una secreta sonrisa, de cómo la chiquita de lentes poco menos que tomaba a sopapos al gordo, aunque no encontró nada graciosa la broma contra la chica de la mancha en la cara. Al contrario, se le intensificó la repulsión que le causaba el rubio.

Notó que la chica, María, se sonrojaba. La mancha se le volvía carmesí intenso. Iván clavó su mirada en el rubio. Parecía considerar que no había nada más interesante ni importante en el planeta que él mismo. Para Iván, en eso residía la verdadera maldad.

Entonces, todo el mundo volvió sus cabezas. Acababa de salir el asmático, algo más blanco que de costumbre, junto con un compañero de clase, el más pequeñito de todos. El asmático permaneció quieto.

El gordo y el rubio habían planeado el asunto con cuidado: estaban parados por donde el asmático había llegado, cortándole el camino.

—¡Eh, Ríos! —avanzó el gordo—. ¡Vení, que queremos charlar con vos!

El asmático no aguardó más, se dio media vuelta y corrió. El rubio y el gordo se lanzaron a la caza. Tras ellos, algo más despacio, salieron todos los “espectadores”.

Iván caminó con tranquilidad detrás de la muchedumbre. Vio cómo el gordo apenas podía correr y el rubio tenía cuidado de no adelantársele. Por un segundo, pareció que el asmático lo conseguiría. Sus piernas flacas se movían con mucha más agilidad que las patas de elefante del gordo. Podía escapar y así lo deseó Iván, pero tuvo el presentimiento de que algo malo ocurriría.

Así fue. Sus presentimientos en general se cumplían. El asmático se volvió y observó cómo iban tras él. Fue instantáneo: se detuvo, llevándose una mano al pecho, cerca del cuello. Le había venido una crisis, justo en ese momento. Caminó hasta un árbol y allí apoyó la otra mano. Aun a la distancia Iván pudo ver que hacía esfuerzos, con la boca abierta, para inspirar aire, pero no podía.

Y ya tanto el gordo como el rubio estaban casi encima de él.

Bruno abrió la boca y forzó al máximo sus músculos para que absorbieran aire, pero lo único que llegó fue el clásico silbido. Arqueó y contrajo su columna vertebral, pero era como si tuviera un vendaje en el tronco, apretando, apretando.

No tendría que haberse girado. Tendría que haber continuado hasta Europa, aunque tuviese que cruzar el Atlántico a

nado. Demasiado tarde. Caminó hasta un plátano y apoyó su mano en la corteza gris.

El inhalador, necesitaba el inhalador. Hurgó en su bolsillo, pero sus dedos parecían diminutos tentáculos aceitosos. El tubo de acrílico se le resbalaba. Por fin, consiguió sacarlo. Tenía el pulgar listo, pero miró nuevamente hacia atrás. Lo que halló fue una cara desfigurada, una boca abierta, con dientes amarillentos.

El grito del Gordo Araguí llegó hasta sus oídos y Bruno se preguntó cómo no lo había escuchado antes. Por un microsegundo, lo único que vio fue la mole del gordo, viniéndosele encima. Luego, tuvo la impresión de que la tierra se movía y lo golpeaba.

Mientras rodaba por las baldosas de cemento gris, percibió cómo se le raspaban los codos y la espalda, pero no hubo tiempo para el dolor. El aire era la prioridad. Buscó en la mano izquierda, pero estaba vacía. El inhalador había volado.

Trató de hallarlo, pero una sombra gigantesca lo cubrió y el aliento a cloaca del Gordo Araguí le sopló encima. Dos manos se prendieron de su ropa y lo levantaron en vilo. El Gordo le gritó algo, una lluvia de finas gotas de saliva le roció la cara. Bruno no entendió ni media palabra. No le importaba. El inhalador, eso era lo que importaba. Necesitaba encontrarlo.

Con los sacudones del Gordo, era imposible. Entonces observó cómo Hugo se agachaba y recogía algo. Su cabello rubio y su rostro filoso resaltaban sobre caras que flotaban como globos detrás de él. Una sonrisa de dientes parejos y grandes

emergió de entre sus labios. Fue hasta el Gordo, le colocó un brazo encima del hombro, calmándolo.

—¿Qué? —le preguntó Hugo a Bruno—. ¿Te falta el aire?

Lo única respuesta fueron los estertores silbantes. El Gordo lo notó por primera vez y sonrió complacido.

—¿Estás nervioso por algo? —insistió Hugo.

Bruno hizo lo que pudo para respirar. Sus costillas no se abrían lo suficiente, apenas le llegaba oxígeno. Hugo miró el inhalador gris en su mano. Gozaba a pleno del momento.

—¿Te podemos ayudar en algo? —le sonrió a Bruno.

Más estertores.

—¿Ves? —continuó Hugo—. Yo ahora te podría ayudar. Te podría alcanzar esta cosa. ¿Qué costaría ayudarnos entre todos? Pero no. Hay algunos que no ayudan a los compañeros. Ni siquiera durante los escritos.

—Yo... no...

—Sí, sí. No sabías las respuestas. Justo. Si siempre fuiste traga. Abanderado en la escuela y todas esas pavadas.

—Ta, Hugo —llegó una voz de la niebla que había detrás—. Ya fue. No da para más.

Hugo permaneció inmóvil, sus ojos puestos sobre Bruno.

—Ya está —llegó otra voz.

—Sí, ya fue —dijo alguien más.

Hugo dejó caer el inhalador y el Gordo Araguí soltó a Bruno, que se arrojó en pos del aparatito gris. Lo colocó entre sus labios y recibió un par de disparos en la garganta. Al instante, la crisis aflojó, como si estuviera sumergido en el mar y encontrara una burbuja de aire.

Quitó el inhalador de su boca y vio que estaba manchado de rojo. Se llevó la mano derecha hasta la nariz, donde halló una humedad tibia. Un líquido carmesí se le deslizaba entre el índice y el pulgar.

Examinó su ropa. La camisa estaba rota, la tela se había desgarrado. Tomó conciencia de que yacía en el suelo, sangrando, con todo el mundo mirándolo. Su imagen era deplorable, la peor posible. Deseó desaparecer, desaparecer en una nebrura tibia sin fin. Sin embargo, sabía que eso no acontecería, así que se puso de pie. Por más que deseara que la tierra lo tragase, eso nunca pasaba, no quedaba más que estar encima de ella, a la vista y lástima de todo el mundo.

—¿Y vos qué mirás? —dijo Hugo, de repente.

Se dirigía al nuevo que, con los brazos cruzados sobre el pecho, lo contemplaba con tranquilidad.

—¿Qué mirás? —insistió Hugo y avanzó hacia él, esperando quizá, pensó Bruno, asustarlo. Pero al nuevo no se le agitó ni una pestaña. Hugo se detuvo a mitad de camino.

Pronto, el Gordo Araguí sí llegó hasta el nuevo y lo pechó, haciéndolo retroceder un par de pasos. Pero el nuevo no dejaba de incrustar en Hugo unos ojos azules como hielo. Una cierta oscuridad fluía de él, como si fuera algo material.

—¿Qué problema tenés vos? —tronó el Gordo Araguí—. ¿También querés sangre?

La pregunta sonó estúpida en los oídos de Bruno, como sacada de una película clase B, pero la sonrisa del nuevo emergió de entre sus labios, amplia, voraz.

—Ya entendí —le dijo a Hugo, y Bruno tuvo la sensación de que, por un segundo, el resto de sus compañeros dejó de respirar.

Tampoco Hugo respiró. Su sonrisa había desaparecido y su rostro estaba lívido, como cera de vela. Parpadeó y no dijo nada.

—Ya entendí —repitió con tranquilidad el nuevo—. El matón, el popular del liceo sos vos.

Hugo parpadeó dos veces más. El Gordo Araguí miró a su amigo y luego al nuevo. Está nervioso, pensó Bruno. El Gordo colocó una de sus manazas sobre el hombro izquierdo del nuevo y le apresó la ropa.

—Sí —le dijo el Gordo—. ¿Y qué?

El nuevo no hizo nada para defenderse. Siguió perforando con la mirada a Hugo.

—Vos sos el encargado de pisotear a cualquiera que sea diferente, ¿no? Por las dudas.

Araguí volvió a sacudirlo, como si quisiera rasgarle la ropa, o rasgarlo a él, pero el nuevo lo obviaba, no le prestaba atención, no dejaba de mirar a Hugo. El Gordo parpadeó. Se humedeció los labios. No está acostumbrado, se dijo Bruno. No está acostumbrado a que no le tengan miedo. Y luego pensó, sorprendido: y eso le da miedo a él.

El Gordo decidió insistir. Pero resultaba poco convincente.

—¿Qué problema tenés? ¿Eh?

Después de un par de segundos, el nuevo miró al Gordo y sonrió. Casi pareció que iba a soltar una carcajada, como si fuera un niño preescolar el que lo estaba amenazando.

Sin quitar la sonrisa de su cara, se volvió hacia Hugo una vez más.

—Dicen —comenzó el nuevo— que los matones tratan de hacerse los fuertes porque en el fondo se sienten inferiores. ¿Vos te sentís muy inferior?

Hugo pareció recibir un puñetazo en el estómago. Una mortaja de silencio lo rodeaba. Se aclaró la garganta y puso los brazos en jarra.

—Dejá, Gordo —murmuró—. No pierdas el tiempo.

El Gordo Araguí lo miró frunciendo el ceño, casi decepcionado, y soltó al nuevo.

—Vamos —le dijo Hugo y los dos se juntaron. El nuevo seguía sonriendo y Hugo se detuvo un segundo antes de alejarse—. Y yo no soy inferior a nadie —finalizó.

El nuevo no dijo nada, pero su sonrisa permaneció inmutable.

María observó, incrédula, cómo Hugo y el Gordo se iban. No pudieron, pensó. No pudieron con el nuevo. Con Iván, se corrigió. Estaban tratando de irse con cierta dignidad, como si fueran ellos los que no se iban a gastar con el nuevo, pero la verdad era que no habían podido. Algo en Iván los había detenido. Los había derrotado.

Los demás, igual que ella, no se movían, no hablaban alto, apenas intercambiaban miradas furtivas. María se preguntó si pensarían lo mismo, pero los pensamientos ajenos siempre resultaban un misterio para ella. El resto de las personas del liceo eran las mismas que estudiaban su mancha con recelo,

eran algo de lo que más valía protegerse, cubrirse, y María había aprendido a hacerlo.

Iván contempló a Bruno que, tras unos pocos segundos, se puso de pie. Recién entonces, Iván enganchó sus pulgares en las tiras de la mochila, aspiró, distendido, y sin decir más nada, se dio media vuelta y se apartó.

—Fuáh —se escuchó una voz.

María descubrió que Isabel seguía con la vista al nuevo, que se alejaba. Su hermana tenía los ojos grandes, “de huevo frito”, como ella misma decía.

Al fin, Isabel caminó hasta Bruno y lo miró como se investiga una rana aplastada en la calle.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

La respiración le había mejorado.

—Bien, gracias —sonrió Bruno. Algo en su manera de hablar le dijo a María que si bien la pregunta lo avergonzaba, Bruno agradecía que alguien estuviera interesado.

—¡Meri! —soltó Isabel.

—¿Qué? —respingó María—. ¿Qué pasa?

—¿Tenés pañuelos de papel?

—¿Eh?

—Pañuelos de papel.

María parpadeó, sin entender y finalmente reaccionó.

—Ah, sí, sí. Claro.

Revolvió en su mochila y de allí sacó un paquetito de pañuelos desechables. Observó las manchas de sangre en la cara de Bruno, indecisa. La embestida del Gordo había sido, pre-

cisamente, bestial. Isabel, impaciente, agarró el paquete y le entregó un pañuelo a Bruno.

—Gracias —dijo él.

—De nada —respondió Isabel.

Ya los demás se iban. El *show* había acabado. Bruno se pasó el pañuelo por debajo de la nariz y advirtió que salía teñido de rojo. Por un segundo, María vio cómo él escrutaba su sangre, con cierta fascinación.

—¿Me lo saqué todo? —le preguntó a María.

La tomó de improviso, no esperaba que Bruno le hablara, por más tonto que sonase. Notó, también, cómo Isa le dedicaba una sonrisa amplia, como diciendo: yo le consigo los pañuelos pero mirá qué pendiente de vos que está.

Esperando no sonrojarse, María se aclaró la garganta.

—Sí, sí. Casi todo —le dijo—. Te queda un poquito nomás —se señaló un costado de la boca.

Bruno se limpió como pudo, María sonrió y, al hacerlo, los ojos de él parecieron encenderse. Una alegría repentina se le enroscó en el estómago.

—No, no —indicó María—. Del otro lado.

—Ah —sonrió Bruno—. ¿Ahora sí?

Antes de pensar qué hacía, María se adelantó un par de pasos, tomó el pañuelo de Bruno y estiró su mano hasta la cara de él. Le repasó el pañuelo contra la comisura de los labios y Bruno se dejó hacer. María sintió la forma de su rostro debajo del pañuelo y también contempló cómo esa mancha, a diferencia de la suya, se borraba.

—¿Ahora sí? —preguntó Bruno.

Isa sonreía de oreja a oreja.

—Ahora sí —replicó María. De repente, se sentía cercana. No sabía bien a qué, o a quién, pero cercana. Cercana como nunca. Como si un ladrillo se hubiese caído en la muralla que siempre construía alrededor suyo y, por el orificio, entrara la luz del sol.

Él sonrió una vez más y los dos se quedaron callados.

—¿Para dónde vas?

Era la voz de Isa. Bruno le dirigió la mirada.

—Para allá.

—Ay, qué *casualidad* —dijo Isabel—. ¡Nosotras vamos para ahí también! ¡Qué cosa, ¿no?!

—Bueno, vamos —sonrió Bruno.

Los tres se pusieron a caminar y, de sopetón, María se dio cuenta de que, por primera vez, se iban caminando juntos.

—No sabía que eras asmático —le dijo Isabel.

—Bueno —respondió Bruno—, creo que ahora todo el mundo lo sabe.

Iván aspiró aire, saboreándolo. Tenía gusto a mediodía, a pasto, a hojas recién caídas. Las nubes, como trozos de diamante, se desgarraban para dejar libre la bóveda celeste. Se colocó los auriculares en sus oídos y permitió que las melodías furiosas de *The Offspring* le inundaran la mente.

¿Por qué se había metido a defender al asmático? Por una vez, se regocijó en el íntimo placer de haber hecho algo bueno para alguien más. Tanto, que incluso la perspectiva de volver a

su casa y tener que pasar la tarde allí no se le antojaba tan insoportable. De vez en cuando era bueno sentir que los débiles ganaban.

Miró al rubio y al gordo, que iban, veloces, unos metros más adelante. Por el día, el asunto estaba cerrado. Volvería a abrirse, claro. Pero eso le parecía bien. De hecho, pensó, sí quiero sangre.

De vez en cuando.